

## **Obispo José Dammert Bellido.**

Un homenaje europeo

Elmar Klinger

Fue uno de los más grandes obispos del Perú y de toda Latinoamérica: José Dammert Bellido, Obispo de Cajamarca entre 1962 y 1992. El 10 de septiembre de 2008 falleció en Lima, sólo tres semanas después de su 91 cumpleaños. Su renombre se extendió más allá de la Diócesis de Cajamarca.

Hasta el año en que él llegó, la ciudad era – por cierto - conocida por los historiadores, pues allí en 1533 Pizarro, conquistador del Perú, hizo asesinar a Atahualpa, el último emperador Inca. Sin embargo, aún siendo el centro de la provincia del mismo nombre y la sede de la Diócesis – con un 90 % de población rural, campesina – ella pasó a ser más bien un lugar casi perdido en el norte del Perú.

Con el obispo Dammert comenzó allí un cambio de época. El le dió una nueva orientación al trabajo pastoral.

Por primera vez en la historia el trabajo pastoral fue orientado no en primer lugar a la ciudad sino al campesinado que formaba un 90% de la población total. El obispo continuó en ese curso de pastoral social con gran ahínco y verdadera decisión hasta el último día del desempeño de su función. Fue una Pastoral de la Liberación que encontró gran apoyo entre los afectados mismos - los campesinos de los Andes - y que produjo entre ellos una primavera eclesial. Lo mismo se puede decir respecto a Pablo VI, quien tuvo gran confianza en Mons. Dammert dándole su constante apoyo, así como respecto a numerosos grupos hermanados cuyos miembros trabajaron en su Diócesis o tuvieron contacto con él a base de actividades de apoyo y de ayuda.

A través de ese círculo de personas tuve yo mismo contacto con Mons. Dammert. Pude encontrarme con él dos veces en Alemania y visitarlo una vez en Lima. Su inequívoca conducta y su cordialidad me causaron gran impresión. Todos aquellos que encontraron a él se daban cuenta del significado universal de su obra que es un signo del tiempo. No pierde su importancia ni con la renuncia a su función ni con su muerte. Por el contrario, en el presente su obra está ganando en actualidad y carácter orientador para la Iglesia toda.

Esto vale también en forma especial para la misma Cajamarca. Allí se realiza actualmente en la mina Yanacocha, a través de una firma multinacional, la explotación aurífera en gran escala de dimensión global, con todos los problemas sociales, ecológicos y políticos que se puedan imaginar. Ante ese trasfondo, Mons. Dammert y su obra merecen tener una digna apreciación, pues ella es ejemplar y posee una fuerza de orientación.

Su lema como obispo fué también el lema de su vida: “Fac bonum”, “haz el bien”. Dammert tuvo contactos con la Teólogos de la Liberación. Pero él mismo fué una instancia de la Liberación. El se dedicó preferentemente a aquellos miembros de su Diócesis que vivían al borde de la sociedad, pero que formaban su gran mayoría: los campesinos. Si se quiere encontrar una palabra bíblica que caracterize a él y a su obra,

se me ocurre el Capítulo 3 de la Carta a los Corintios, donde Pablo escribe que el no necesita carta de recomendación de nadie. Pues: "Vosotros sois nuestra carta, carta escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Evidentemente sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones" (2 Co 3, 2-3).

No toda la gente puede leer las cartas, o, a veces, aquellos que las leen, no pueden entenderlas en todo su alcance. A menudo se citan las cartas en forma incorrecta y también abusiva. A veces se las desgarran. Son también signos a los que se quiere contradecir. No se desea solamente no entenderlas, sino hasta ni leerlas bien.

"Cartas de recomendación" de esa índole son para el obispo Dammert los campesinos, escritas en su corazón, leíbles para toda la gente, una carta de Cristo, procurada por Él, pero escrita no con tinta, sino con el Espíritu vivo de Dios, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne y sangre.

Una carta, que ellos escribieron y firmaron, sin embargo no le fue puesta en la cuna. Pues José Dammert nació en Lima el 20 de Agosto de 1917. Fue el hijo de una muy respetada familia. Su abuelo, un protestante luterano, vino de Hamburgo, donde fue alcalde. Su padre era hombre de negocios en el comercio marítimo. La madre fue cofundadora de la Acción Católica de la Iglesia del Perú y ocupó en ella la dirección de la Sección Femenina.

Mons. Dammert estudió de 1932 a 1937 Derecho Civil y Derecho Romano en la Universidad de Pavía (Italia), donde concluyó esos estudios con el doctorado correspondiente. A su regreso a Lima en 1937 fue catedrático de Derecho Romano y Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Católica de Lima. Más tarde, también profesor de Historia de la Iglesia. Se dedicó a esa actividad de 1939 a 1957. En 1941 comenzó el estudio de Teología y fue ordenado sacerdote en Lima el 21 de Diciembre de 1946. Desde 1952 hasta 1958 fue Vicerrector de la Universidad. En 1958 fue nombrado por el Papa Pío XII Obispo auxiliar de Lima y en calidad de esa función también asesor espiritual de la Acción Católica, con especial relación y competencia para la Juventud Estudiantil y la Juventud Obrera. En 1959 tuvo lugar con su apoyo la primera „Semana Social de la Iglesia del Perú" en Lima. El Papa Juan XXIII lo designa en 1962 Obispo de Cajamarca, una Diócesis que existe desde 1903.

En esa función participó en el Concilio Vaticano II - de 1962 a 1965 - y estuvo presente en los cuatro períodos de sesiones. Pertenece a un grupo de obispos que se reúnen regularmente y se dedican al tema "Espiritualidad y Pobreza", según el espíritu de Charles de Foucauld. El 16 de Noviembre de 1964 que fue un día importante para esa agrupación, ellos se encontraron con otros obispos en las catacumbas de Santa Domitilla en Roma para aprobar un documento de principio sobre la función episcopal. Ellos aclararon que la vida espiritual no debería ser separada de la vida sociopolítica, sino ser asociada a la solución de los problemas terrenales. Ellos se comprometieron a evitar todo lo que en su acción pareciera privilegiar a los ricos y poderosos. Se comprometieron además, a otorgarle el peso principal de su trabajo al servicio de los

económicamente débiles, desfavorecidos y pobres, así como recordarle a los gobiernos su prioritaria obligación frente a ese grupo de personas. Ellos manifestaron que la colegialidad de los obispos se garantizaría de la mejor manera posible si ella asumiera una responsabilidad por los pueblos pobres, que constituyen los dos tercios de toda la humanidad. Un signo de su solidaridad en esa dirección debería ser la renuncia a las insignias y privilegios episcopales..

Pero aún fue por otro motivo el 16 de Noviembre de 1964 un día memorable: en él se dió a conocer en San Pedro de Roma la así llamada “Nota explicativa praevia”, que sin votación se adjuntó a las actas del Concilio Vaticano II. Ella describe la colegialidad episcopal como institución jerárquica. El día muestra toda la tensión que existe entre poder y espiritualidad y hace visible el potencial del conflicto que en ella reside y que predomina en toda la vida de la Iglesia.

La “Hermandad de los Pequeños Obispos de Jesús » - así se llamó a la asamblea reunida en las catacumbas de Santa Domitilla, a la que perteneció Mons. Dammert - fue su polo espiritual. Mons. Dammert vivió y trabajó en ese espíritu, pero al mismo tiempo tuvo conciencia de su investidura y ejerció muchas funciones en la jerarquía eclesiástica. Fue de 1963 a 1969 director del “Consejo de los laicos » en el CELAM de Bogotá ; y desde 1964 miembro de la « Comisión Papal para la Renovación del Derecho Canónico ». En los años 1967, 1971 y 1980 fue miembro permanente de los Sínodos de los Obispos en Roma, en 1968 delegado de la Conferencia Episcopal Peruana en Medellín así como en Santo Domingo en 1992. Desde 1974 fue vicepresidente de la Conferencia Episcopal del Perú, de 1990 a 1992 su presidente, como así también delegado en los gremios de la Universidad Católica de Lima en 1996.

Mons. Dammert tiene conocimiento de los derechos que su función le otorga, y de las tareas que ella le presenta. Esos derechos le dan a él una posición especial en la Iglesia y en la sociedad ; sin embargo, las tareas son el objetivo al que esos derechos sirven, su propio sentido, y el por qué ellos propiamente existen. Quien utiliza esos derechos para defender sus propios privilegios provoca disgustos y destruye su autoridad. Quien sin embargo, emplea los derechos en el sentido que ellos tienen, utilizados para la finalidad para lo cual ellos existen, ese justifica su postura y se erige así en una verdadera autoridad. El le otorga con esto a su manera de actuar quizás nada especial, sino solamente algo que de cualquiera se pueda esperar. El obra el bien con los medios que él posee. Cumple simplemente con su deber. Aunque para satisfacer el diario acontecer y la normalidad, no es un sobreentendido. La cotidianidad exige los más grandes sacrificios.

Desde 1962 Mons. Dammert se dedica con fervor al desafío en Cajamarca. Tuvo que cumplir con una tarea titánica. De cerca de medio millón de habitantes vivía un 90% en el campo, era la población rural – los campesinos -, de los cuales cerca de un 54% eran analfabetos. El centro sociopolítico y también el religioso, era la ciudad. Había pocos sacerdotes. La carencia de candidatos para esa profesión estaba condicionada por las estructuras existentes. Ellos provenían debido a las circunstancias casi sin excepción, de la ciudad. El clero local fue completado con religiosos y sacerdotes de otros países, entre ellos Alemania. A un círculo minoritario del 10% de la población le era imposible

conseguir un personal necesario que debía llegar al 90% de los habitantes. Había además un contraste ciudad-campo que – condicionado por el pasado colonial - no sólo descuidaba económica, educacional y también religiosamente a la población rural que en parte todavía hablaba quichua, sino también la ha perjudicado y mantenido en una aparentemente insuperable dependencia. Los campesinos debían ir a la ciudad para asistir a misa el domingo, para celebrar bautismos, matrimonios y otras celebraciones religiosas. En una diócesis de los Andes de unos 15000 km<sup>2</sup> esto para la mayoría de la gente era físicamente imposible, con la consecuencia de que misas, bautismos y celebraciones de matrimonios, por cierto, no habían en el campo.

El foco de la pastoral general en la diócesis de Cajamarca debería ser, por lo tanto, indispensablemente la pastoral rural. En su informe quinquenal a Roma el obispo la denomina “una diócesis normal y corriente, desde siempre una esencial tierra de misión, en la que viven gentes poco instruídas que tienen necesidad de ser evangelizadas” (M 328).

La desproporción está a la vista. Para ser misionario en una diócesis con estas estructuras tradicionales no basta con una persona sola. Pues el problema principal no es el dudar en la fe, sino la ignorancia religiosa. La catequesis tiene por eso que reflexionar menos sobre errores y desviaciones, como dijo el obispo, sino ella debe “mas bien renovarse substancialmente en la forma de presentar el mensaje cristiano, para que así se comprendan no solo racionalmente sus verdades, sino que ellas se encarnen en la misma vida” (M 333).

La catequesis es un proyecto general de la Iglesia. Sacerdotes y laicos participan en ella para asumir sus propias responsabilidades. De ahí que sea necesario un programa de formación para los laicos, que los capacite para cumplir tareas pastorales locales. Los campesinos, quienes hasta ahora fueron siempre desatendidos y menospreciados, aunque formaban la inmensa mayoría de la población, ahora hay que tomarlos en cuenta y hacerlos participar en la catequesis.

La pastoral en Cajamarca tuvo por consiguiente la finalidad de posibilitarles a los campesinos, esto es la población rural, el vivir y anunciar la doctrina de la Iglesia y hasta ser activos en la administración de los sacramentos. Sólomente por esa vía se puede corresponder al trabajo pastoral en las grandes distancias y altas montañas y arraigarlo bajo las condiciones culturales dominantes, en la vida de los moradores del campo. Para esto son importantes personas que satisfagan las necesidades de la Iglesia local, que cooperen con autonomía en la organización de la vida diaria y sean capaces de asumir responsabilidades. Tuvieron prioridad en ese proyecto la escolarización, la formación y la organización de un número adecuado de grupos de personas para todos los sectores de la vida eclesial.. Esos grupos estaban formados por el mismo obispo, por sacerdotes y religiosos, como también por los laicos interesados y tan necesarios para estas tareas. Dammert opinaba que una Iglesia local con propias estructuras no puede existir ni subsistir sin la gente del lugar, quienes para estas tareas deben ser encomendados y tener las capacidades correspondientes. Una Iglesia de los campesinos no puede existir sin los campesinos.

Para no solo apoyarla, sino en el verdadero sentido de la palabra hacerla surgir en general, echó mano a medidas estructurales. Dammert fue el jurista entre los obispos de la liberación. El podía imaginarse la acción pastoral en el marco de las medidas legítimas y a la ley misma hacerla prevalecer conforme a los fundamentos y necesidades de la realidad pastoral.

Los laicos no solo tienen obligaciones sino también derechos. No son substitutos de sacerdotes, que actúan o asumen responsabilidades en caso de carencia o escasez de ellos. Tienen sus tareas propias y son el motor del cambio y de la formación de una Iglesia local. Son su fundamento estructural así como la base de su continuidad y estabilidad.

Dammert sitúa en el centro la aportación de los laicos. Ellos tienen tareas espirituales y materiales, así como tareas en la Iglesia como organización terrestre. Por eso en su diócesis cada uno recibe su misión diferenciada. Hay catequistas para renovar la evangelización de los bautizados del lugar ; de bautizados que han conservado su fe y permanecen en la tradición, pero les que carecen de conocimientos religiosos. Además : están los trabajadores sociales que apoyan a los campesinos en el ámbito del desarrollo humano y el progreso técnico como también los colaboradores de Cáritas diocesana (M 129).

El obispo fundó y apoyó varias organizaciones del ámbito del trabajo social. Pero el núcleo de su visión pastoral lo constituyen los catequistas. El los considera la "única solución en la evangelización de nuestro pueblo" (M 164). Ellos se proponen tareas catequístico-pedagógicas, litúrgico-sacramentales como también labores de representación y dirección.. Los candidatos son elegidos según criterios determinados y reciben una formación especial. Algunos tienen el derecho a bautizar, de asistir en la celebración de matrimonios y de llevar a cabo celebraciones especiales, como por ejemplo el Servicio Religioso de la Palabra.

El permiso para cumplir las tareas religiosas en el sentido estricto fue otorgado - a petición del obispo - por el Papa Paulo VI a los catequistas de la diócesis por el Papa Paulo VI a petición del obispo, y acto seguido extendido a todo el Perú a través de la Congregación para los Sacramentos. En 1970 Mons. Dammert designó los primeros tres catequistas en virtud de su investidura episcopal. Así se pudo hasta en las regiones más lejanas de la diócesis administrarles el Bautismo a los hijos de los campesinos, celebrar el Matrimonio Sacramental y llevar a cabo todo el año las fiestas religiosas en los pueblos.

La diócesis fue un modelo del resurgimiento de la Iglesia después del Concilio Vaticano II, y la parroquia de Bambamarca fue su parroquia modelo. Por primera vez en su historia la gente del campo recibió biblias en la mano. Se elaboró el catecismo "Vamos caminando" que fue traducido a los idiomas alemán, francés e inglés. La revista "El Despertar", que fue fundada, prohibida y vuelta a fundar, trataba sobre los problemas religiosos y políticos de los campesinos a nivel regional y suprarregional. Surgió un movimiento femenino en la base de esa parroquia. En las rondas se crearon grupos de

autodefensa contra el robo de ganado. El «Sendero luminoso» - un grupo guerrillero maoísta - no tuvo ninguna chance de éxito en la diócesis de Cajamarca.

El grupo de personas quizás central en la anterior y en la nueva pastoral son los sacerdotes y religiosos. En la anterior, porque desde un principio la pastoral gira alrededor de ellos, y en la nueva, porque su servicio posee una función central que debe ser percibida en su significación para toda la Iglesia, a saber: la celebración de la Eucaristía y el compromiso por los pobres. Cuán importantes son los sacerdotes en el proyecto de Cajamarca, se vió claramente en la parroquia modelo de Bambamarca. Ella mostró una evolución tan ejemplar porque la dirección espiritual, de la parroquia fue abierta y tolerante y le dió su impulso y apoyo. Al mismo tiempo se notará claramente la diferencia entre el anterior y el nuevo foco de la pastoral. En el pasado los terratenientes en sus haciendas, el alcalde del pueblo y el párroco no solamente tiraban de la misma cuerda, sino que los tres provenían de la misma familia. Eran tíos y primos. Los campesinos pertenecían al personal subordinado y excluído. A partir de Dammert fueron ellos que estaban en el centro del quehacer parroquial. Como catequistas pudieron asociarse al diálogo para evitar desventajas y discriminaciones.

El contraste entre el anterior y el nuevo enfoque del trabajo pastoral fue por lo tanto evidente. Un contraste que tenía motivos étnicos, sociales, culturales y también políticos y económicos. Imprimía la actitud de los campesinos hacia el sacerdote desde siglos y no se podía superar a corto plazo. Ese contraste constituía el motivo estructural de la falta de sacerdotes, que Mons. Dammert no pudo allanar y de la que se quejó en repetidas declaraciones. En los pueblos de los Andes – escribía él en un informe quinquenal a Roma-, «las comunidades cristianas tradicionales no consideran como necesario o urgente tener sacerdotes de su propio entorno. Para estos cristianos el sacerdote es un funcionario, que viene de fuera, para realizar actos religiosos. No pueden comprender ni la significación del sacerdote en la normal vida cotidiana ni entender el ritmo de las festividades religiosas. Para reforzar la religiosidad de los campesinos y nutrirlos a través de la Eucaristía, no se necesitan soluciones precipitadas pero sí llenas de ánimo y valentía. Una de ellas es la formación de laicos como catequistas” (M 340/341).

Hay una discrepancia mental en la relación entre la vida religiosa de una comunidad local y la función jerárquica. Los campesinos - por muchos motivos - no podían en absoluto acceder a esa investidura. Ella estaba primeramente en manos coloniales. De ahí que podían acceder a ella sólo miembros de las clases media y alta.

Los campesinos no sabían leer la Biblia. Antes de Dammert nunca la tuvieron.

Una superación a corto plazo de la carencia de sacerdotes en la diócesis estaba descartada, sobre todo teniendo en cuenta que ella existía desde 1903. El obispo disponía de 30 sacerdotes aunque necesitaba unos 200. Fundó entonces un seminario para sacerdotes en la diócesis, que fue apoyado por sacerdotes extranjeros de Alemania, Bélgica, Inglaterra, EE.UU. y de otros países.

La existencia sacerdotal de la diócesis, en un sentido ejemplar, fue el obispo mismo. El entendió su función de obispo desde el deber y no solo desde la misión. Vivió su

ministerio en su significado espiritual y no sólo jurisdiccionalmente. Según él era una función sacramental, no solamente jerárquica. Con ella se dedicó a todos.

Su interpretación de la función episcopal – su dimensión sacerdotal - no es en la Iglesia europea un sobreentendido. Durante siglos se ha discutido esa interpretación. Todavía hoy no está en todas partes muy difundida. Se piensa la sacramentalidad jerárquicamente; y la jerarquía, sacramentalmente. A la tarea espiritual se la mira como una misión jerárquica, de ningún modo se la comprende desde su desafío espiritual.

El Concilio Vaticano II confirma por primera vez el carácter sacerdotal de la función episcopal, y caracteriza la ordenación episcopal como expresión más alta de la ordenación sacerdotal. Mons. Dammert vivió y desempeñó en este sentido su función episcopal. Fue una persona orientadora del concilio y alguien que lo realizaba en sus principios.

Ser sacerdote significa abogar por la causa de Dios ante los hombres como también abogar por la causa de los hombres ante Dios. Abarca por lo tanto una dimensión espiritual y también una terrestre. Es un desafío integral y no se puede limitarlo o reducirlo a determinadas acciones.

Mons. Dammert acepta este desafío correspondiendo tanto a la dimensión espiritual como a la terrestre. Su camino persigue una meta espiritual y exige conocimiento de sí mismo, conversión, reconocimiento de los propios límites así como también nueva atención para las cuestiones esenciales. Es un camino evangelizador hacia afuera y hacia adentro. A él pertenece la autoevangelización de la Iglesia.

Dammert dice: “El obispo solo no constituye la diócesis y tampoco la puede renovar totalmente, si no puede contar en su entorno con un presbiterado que lo asista y acompañe, como también con religiosos de Ordenes y laicos que colaboren estrechamente con él. Ejerce la dirección de la Iglesia local, pero ella está constituida por todos los bautizados que en ella residen. Era un engaño, un razonamiento falso, pensar que la diócesis sea el obispo solo y pudiera hacer todo desde su relevante posición, mientras que él por cierto es un cristiano, limitado como cualquier persona” (M 219).

Y en otro lugar se citan las medidas que el ha tomado: „No se trata del cambio por el cambio mismo, sino de la evaluación de las estructuras tomadas de fuera, que nunca se adaptaron a la realidad y cuya práctica rutinaria comprueba de lleno la frase del Evangelio de que la letra mata” (M218).

La estructura existente del trato con los campesinos en la Iglesia era incompatible con su misión espiritual. Esa estructura no facilita la misión, mas bien la dificulta. No corresponde a las mínimas necesidades o las más normales condiciones previas. En esta estructura no hay espacio para el encuentro con los campesinos, ni de forma física, y ni hablemos, de forma espiritual. Las medidas a tomar, para modificar esa estructura de limitación y dependencia, son por lo tanto un hecho espiritual. Ellas son una necesidad religiosa.

Esa necesidad sin embargo resulta de las circunstancias mismas. El obispo no se escogió esas situaciones. El las encuentra y se sitúa en ellas. Pero esas situaciones no son ninguna evidencia libre de culpa; ellas discriminan a los afectados. Significan exclusión, discriminación, subdesarrollo, opresión, así como al final, hambre y muerte.

Por lo tanto, estas circunstancias significan un desafío para cualquier pastoral. Nadie dentro de la Iglesia puede perdurar en esa situación sin enfrentarlas y hacer esfuerzos para transformarlas. Sin embargo la Iglesia y la pastoral quedan sobreexigidas por ella. Sólo el Estado dispone de los medios económicos, financieros y estructurales para combatir duradera y exitosamente a la pobreza, en sus dimensiones tanto locales como globales. Por esto, el Estado también se hace responsable de la pobreza. Hacerle recordar al Estado sin embargo, significan roces conflictivos. Existe un conflicto de clases en la sociedad universal.

Mons. Dammert no temió al conflicto, sino que se encaró de él. Pues él miraba en general a la Iglesia local en conexión con el mundo y la Iglesia universal. Él reclamó a todas las instituciones responsabilidad en la lucha contra la pobreza, cada cual en el campo de su propia competencia, pero además en todas las esferas de competencia a nivel mundial.

El Estado y la Iglesia están juntos comprometidos ante la población, si bien con tareas distintas y de forma diferente. A esto dice el obispo: "En nuestro país la mayoría de la población se reconoce católica, una realidad social que debe ser considerada a la luz de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy...que declara: "Comunidad política e Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio dominio. Sin embargo ambas están, aunque bajo distintos signos al servicio de la vocación personal y social del ser humano. Ese servicio tendrá un mayor efecto sobre el bienestar de todos, cuanto mejor y saludable sea la cooperación entre ambas sociedades, en vista de las correspondientes circunstancias de tiempo y lugar, GS 76. » (M 280).

Más adelante dice el obispo: „Como sacerdote de Cristo, quien anunció a los pobres la salvación, a los oprimidos la liberación y a los abatidos el consuelo, cumpliré con mi obligación de estar del lado de ellos." ( 283). Por eso es que Mons. Dammert acusa a ciertos abusos políticos. Sobre la reforma agraria del gobierno militar dice que la situación de la vida de los campesinos no mejoró con ésta, mas bien se empeoró; porque ahora jefes son los tecnócratas en lugar de los terratenientes. El aumento de la pobreza permanece.

En una carta circular a los Obispos colegas de la Hermandad escribe: "En nuestro medio es imposible separar el obrar religioso de las dificultades socioeconómicas existentes. Así como Jesús, el Señor, actuó entre los enfermos para curarlos, así también le incumbe a un obispo de la región de los Andes, inmiscuirse directamente en cuestiones profanas, pues él es el único que lo puede poner en práctica" (Cajamarca, 19.12.1975).

Cuando el gobierno, en el marco de su programa de regionalización administrativa quiso hacer de Cajamarca un centro de ese plan, hubo que formar una comisión y



elegir su presidente. Para encomendar esto no se buscó a ninguna autoridad civil. Sólo el obispo vino a ser tenido en cuenta para esto. “Yo comprendo, que esto es muy peligroso y puede llevar a grandes confusiones, pero el único que puede expresarse con claridad, por que no depende administrativamente del gobierno, es el obispo. Las circunstancias históricas son duras y significativas, y día a día puedo corroborar, que no se puede tomar ninguna disposición que sea igual para todos y válida en las distintas y complejas situaciones con que las Iglesias locales son confrontadas» (ebd).

Esta interpretación se debe al Concilio Vaticano II y al Sínodo del Episcopado Latinoamericano en Medellín. Ambos constituyen datos orientativos y son la perspectiva para apreciar todas las disposiciones y medidas del obispo. El dijo en un reportaje en 1972 : «La Iglesia Latinoamericana recorre desde el Concilio Vaticano II un proceso de cambio. Éste encontró su punto culminante en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Medellín hace cuatro años.” Allí los representantes de nuestro continente encuentran las normas que provienen del Concilio Vaticano II, en concordancia con los problemas de Latinoamérica.” (12.10.1972) Esas normas vienen inevitablemente a hacer un efecto ventajoso sobre la política. Y a la pregunta por su relación con ella, dice el obispo: “La Iglesia no puede ser un mecanismo de la acción política; pues eso no es su función. Ella tiene una tarea espiritual, esto es, debe conducir a todos los hombres hacia Cristo. Pero no se puede negar, que todo el proceder de la Iglesia tiene siempre repercusiones políticas. Esto es cierto, pero no significa que ella deba ser motor de la política” (ibid.)

Mons. Dammert mismo asume la responsabilidad para ese camino; en el undécimo aniversario de su toma de posesión de la diócesis declaró: “Yo intenté llevar a cabo las reformas del Concilio Vaticano II, lo mismo que las innovaciones de la Conferencia Episcopal de Medellín, a veces con éxito, otras veces sin resultados. Soy coautor y responsable de todas esas medidas. Soy consciente del hecho, de que debo adherirme a las antiguas tradiciones, las cuales sobreviven mas bien a causa de negligencia, que de la intención de guardar un antiguo valor del tiempo pasado. Tampoco se debe creer, que cosas esenciales se pierden cuando desaparecen las insignificantes. Hubo crisis, naturalmente, pero ellas fueron necesarias, pues sirvieron para purificar lo que era oscuro y faltó de fundamento.” (9.4.1973).

Quien tiene que tomar decisiones, dice él, vive aislado y es a menudo mal entendido; pues cada uno quisiera que todo transcurriera según el propio deseo. Muchas veces se pierde de vista lo grande, lo íntegro: “Poder escuchar, sentir la solicitud de necesidades, ser insensible a la malicia humana, pertenece al arte de gobernar. Pero sobre todo estar en paz con la propia conciencia y con Dios, sabiendo, que se tiene el deseo de realizar la felicidad de sus hermanos, es el mandamiento de la hora.” (ibid.).

Mons. Dammert vivió desde esa actitud y con ella creó normas . Es cierto que él no participó en el debate sobre la Teología de la Liberación. Pero estuvo de su parte y fue como obispo una institución de la liberación. Juan Pablo II lo llamaba “El obispo de las altas montañas y los caminos escarpados.” Sus amigos le decían simplemente Pepe, el obispo de los indios, campesinos y laicos, el obispo que no se presentaba con la mitra, sino con poncho y sombrero, con maleta de viaje y un bastón para el camino, el

obispo, que en la diócesis a menudo debía moverse con un burro o sobre el caballo, como también con el auto que nunca tuvo y con el avión sobre el Atlántico.

El hacía siempre lo que decía, y nunca decía más de lo que él mismo hacía. Esto lo diferenciaba de todos aquellos que nunca hacían lo que decían, y siempre algo decían sobre lo que no hacían. Esa concordancia entre su pensar y su proceder lo hace una figura relevante de la Iglesia del Vaticano II. Pues en ella el Concilio es mayormente citado por aquellos que lo rehúsan y que obran lo contrario de lo que él proclama.

Actualmente en la Iglesia europea y aún más en la peruana, se le da un rodeo al Concilio en decisivos pasajes y sencillamente no se lo toma en cuenta. Este fenómeno concierne a todos, especialmente a los sacerdotes. Pues se entiende a la función jerárquica no desde su tarea sacerdotal, sino se entiende a esa tarea sacerdotal solo jurídicamente, desde su posición jerárquica. De este modo la función jerárquica se vuelve una instancia organizativa, cuyo sentido intrínseco y significado exterior se pierden. Ella pierde así orientación y autoridad.

Lo sorprendente y destacable de esa función como Mons. Dammert la ha entendido, es la indiscutida relación entre auténtica autoridad soberana y verdadera solidaridad. No hubo nunca nadie que haya puesto en duda la competencia e independencia de la función jerárquica. Pero a la vez nunca estuvo en cuestión, para qué está y qué personifica. El obispo Dammert tuvo la vivencia de ambas: la posición que ella confiere, y la dedicación que ella exige, a saber: la entrega de toda la persona y de toda la vida en particular para los marginados que en su posición son ejemplares para todos los demás.

“José Dammert, el obispo de Cajamarca” – se lee en un periódico - “fue siempre un sacerdote, que echó mano a la palabra enérgica a causa de las violencias e injusticias contra el pueblo sencillo y se comportó como el más calificado exponente de los nuevos tiempos.”

Un catequista dijo de él: “Dammert fue para mí uno de los obispos del Perú que se encarnaron en los pobres. Por eso le llamaban «el obispo de los cerros». Creo que Mons. Dammert es muy admirable por su trato con la gente, por el apoyo que nos ha dado, por la publicación de libros y testimonios. El les hizo frente a todos, a las autoridades, incluso al presidente de la República. Realizó muchas cosas buenas para la diócesis,...hizo aplicación de la completa Pastoral Social.” (M 211).

Permaneció activo en el dominio literario aún después de su dimisión y publicó varios libros sobre Cajamarca, sobre su renombre en la literatura, su historia, sus obispos, sus problemas, como también un gran número de artículos. Sostenía la interpretación de que los indios y campesinos deben conocer su propio pasado, para tener un futuro en responsabilidad propia y en libertad.

Con Europa lo unía a él el origen de su familia. Hubo sacerdotes y laicos de Alemania, que fueron colaboradores en su diócesis. Estuvieron Adveniat y Misereor, que apoyaron grandes proyectos. Y también había la cooperación con parroquias y diócesis en grupos de comunidades o hermandades, que participaron en importantes iniciativas en cada

lugar, las cuales a través de visitas recíprocas evocaron mutua atención e interés en el otro en su propio terreno así como también pudieron llevar a cabo medidas políticas en gran estilo.

Las circunstancias externas han cambiado ahora. Pero la lucha continua. Mons. Dammert con su trabajo constituye un hito histórico en la planificación pastoral de hoy. Su persona infunde ánimo y su toma de postura continúa guiando. Referirse a él, recordarlo, hacer conocer su actuación, honrarlo y continuar con dedicación lo que él ha comenzado, es importante para el Ser-Cristiano en el tiempo presente – a causa y a pesar de las resistencias que contra ello existen.

Con Dios, sin embargo, se pueden saltar hasta los más altos muros. Ninguno de ellos alcanza la altura del cielo. Algún día, uno tras otro se derrumbarán.

---

#### Bibliografía:

L. Mujica Bermudez: Poncho y sombrero, alforja y bastón, Lima 2005 (=M).

J. Dammert: Rundbriefe (Cartas circulares, sin editar)

E. Klinger, W. Knecht, O. Fuchs (editor): Die globale Verantwortung. Partnerschaften zwischen Pfarreien in Deutschland und Peru (La responsabilidad global. Hermandades entre parroquias en Alemania y Perú), Würzburg 2001.

L. Bettazzi: Das Zweite Vaticanum (El Concilio Vaticano II), Würzburg 2002